

Premio

Género: ARTÍCULO
Autora: Silvia Martínez Calvo

MI AMIGO EL SACERDOTE



De mi padre aprendí a conservar amigos fieles, esos que como reza el Eclesiástico, “quien lo encuentra, encuentra un tesoro”. Si además, ese amigo resulta ser un sacerdote, debo agradecer ese privilegio, aunque desconozco cuántas personas en este país poseen un amigo con los rasgos que distinguen a esa vocación, y no me sorprendería si la cifra fuese mínima. Dejando a un lado ese cálculo, ha sido largo el camino recorrido junto a ese amigo y, con su consentimiento, transcribo algunas valoraciones sobre el proceso evolutivo de nuestra amistad.

Desde que lo descubriera en mis diarias lecturas, suscribo el concepto que de la amistad emitió hace siglos el romano Cicerón, y por mi cuenta, le añado algunas interpretaciones. La relación humana que se establece mediante la amistad, origina reclamos y compromisos para que ésta perdure, tanto como lo deseen ambas personas. Ese intercambio personal debe presidirlo el desinterés y sustentarse esencialmente en el respeto y la admiración entre ambos, en acudir presto al llamado, en la disposición a compartir cualquier situación agradable o deplorable que les ocurra, aunque esto “suena raro” en los tiempos convulsos y en ocasiones aterradoras que vivimos, donde prevalece la materialidad contagiosa, el consumo enfermizo, el egoísmo (que otros denominan individualismo) y el deterioro de las virtudes (hoy suplantadas por los valores), todos elementos contrapuestos a la espiritualidad y la mística que reclama un vínculo tan genuinamente humano. Pero... ojo ante los suspicaces y malos traductores de esas legítimas cualidades inherentes a una buena amistad, quienes tendenciosamente confunden la relación con un intercambio erótico. Mantener una amistad alejada de esa peligrosa situación, también requiere de cautela, mesura y sobre todo de madurez, aunque no sea éste el caso.

Quizás en otro lugar, mi amistad con un sacerdote no tenga nada de insólita, pero en Cuba, inevitablemente se cataloga como retardada por unos, interesante por otros y sospechosa o rara por los más. Afortunadamente, también disfruto de la amistad de otras excelentes personas, por tanto, no le confiero ninguna particularidad o excepcionalidad a nuestra honesta y entrañable relación. No obstante, los curiosos pueden preguntarse frecuentemente sobre las razones de mi amistad con un sacerdote, y mi respuesta en ese sentido es bien

diáfana. Este “viejo amigo” decidió profesar como tal desde su temprana adolescencia, momento en que se fortalecía nuestra relación personal, transformada posteriormente en genuina amistad.

Esa relación personal surgió casualmente desde que él nació, pues quiso el azar que su familia residiera en la casa contigua a la mía. Para entonces yo asistía a la escuela primaria, precisamente católica, y tuve conciencia absoluta de la presencia del nuevo vecinito, que por cierto fue prematuro y nació un 31 de diciembre. La diferencia de edades, que para algunos resulta una barrera, en nosotros fue exitosamente eliminada mediante las casi cotidianas conversaciones que originaba su interés en mis “disertaciones eruditas” derivadas de frecuentes lecturas y del avance en los niveles escolares. Estas conversaciones, algo ajenas a las preferencias generacionales de la época, resultaban atrayentes para un chico ávido de saber y que asistía en ese momento a la escuela primaria.

Disfrutaba de mi tardía adolescencia cuando en 1959, la revolución convulsionó al país, no solamente por derrocar un gobierno si no también –y a mi juicio fue lo más relevante– por remover el *status quo* en el que, por supuesto, estaba incluida la dimensión religiosa, que entonces tenía predominio católico. La familia de mi amigo, tal como la mía, estaba políticamente comprometidos con el régimen derrocado, y también fueron activos practicantes católicos, por tanto, nuestra formación religiosa era algo bien arraigado desde la infancia. A diferencia de mi actitud, y tal vez beneficiado por su corta edad, que lo apartaba de cualquier riesgo político, mantuvo su práctica católica y se convirtió en un ferviente acólito, actividad que simultaneaba con sus responsabilidades escolares, en las que también se destacaba.

Solamente los que compartimos aquellos años iniciales recordamos con nitidez el violento –que no sangriento– choque entre la iglesia y el estado, un enfrentamiento eminentemente ideológico y reactivo, pero que marcó a una generación de jóvenes católicos que iniciaba su madurez en medio de esa confrontación, y que quedó atrapada entre las vivencias de sus juveniles años antes de 1959, el derrumbe inesperado e inevitable de su proyecto de vida, y lo que surgía pujantemente como “mundo nuevo”. Tal vez ya se ha publicado y lo desconozco, pero me agradaría leer o escuchar en alguno



de los medios nacionales, tal como ocurre en el ambiente cultural con el denominado “quinquenio gris”, críticas y alusiones sobre ese “vicenio antirreligioso” y las consecuencias que originó en una buena parte de la población, con excepción de mi amigo, cuya perseverancia católica durante esa nefasta etapa aquí resalto.

Durante el período mencionado mantuvimos nuestras conversaciones de infancia, ahora reducidas a los fines de semana, pues él cursaba la enseñanza secundaria y el pre-universitario, y yo estudiaba mi carrera universitaria. Seguí la trayectoria de su formación religiosa y él perseguía mis avances profesionales. Hicimos un pacto de no agresión: yo no indagaría los motivos de su decisión de ser sacerdote, motivos que le hicieron abandonar sus estudios de licenciatura en Ciencias Biológicas en el 2do. año (casualmente estudió en el mismo edificio donde yo hice mi carrera), y él, conocedor de mis circunstancias políticas familiares de entonces, no indagaría las razones por las que, a pesar de ese estigma, me dedicaba intensamente a cumplir el encargo social de mi profesión. Coincidentemente teníamos un mismo objeto de estudio y de atención -el ser humano- casi similar en sus inicios (recordemos el pensamiento mítico-mágico en la antigüedad y los hospitales medievales atendidos por religiosos), pero objetiva y compulsivamente diferenciado en nuestra contemporaneidad, lo que propiciaba enfoques divergentes de dicho objeto, estimulantes para el enriquecimiento de nuestra amistad.

Haber tomado partido por la Iglesia en un momento definitorio como aquel, muestra la firmeza de principios y la sólida convicción religiosa de mi amigo y al mismo tiempo, reveló la debilidad de los otros que permanecemos en Cuba, muchos de los cuales hoy regresan aceptando su error, que no su arrepentimiento. Mantener este vínculo con un sacerdote en un país reconocido como de “ateísmo constitucional” parece a la luz del tiempo una tremenda audacia socio-política, cuando la incompatibilidad de ideas, el cambio en la escala de valores y la pérdida de la religiosidad, surgían persistentemente como escollos insalvables entre ambos. Dejando a un lado el riesgo que entrañaba para mi posición profesional, lo visité en todas las parroquias a las que fue designado para su labor pastoral, y él estuvo en las diversas oficinas estatales en que me desempeñé como funcionaria, por supuesto, sin mostrar los

símbolos que lo identificaban como sacerdote, gracias a la flexibilización derivada del Concilio Vaticano II referente a la vestimenta reglamentaria. Quizás algún laico comprometido o algún otro sacerdote o miembro de la jerarquía eclesiástica conociendo nuestra amistad, se preguntaron, conociéndonos, por qué mi amigo sacerdote no realizó ninguna labor proselitista para “regresarme” a la práctica religiosa católica, incluso, tal vez hasta lo valoraron como fracasado en ese sentido, pero... se equivocaron.

Al respecto, comparto el criterio de otra buena amiga, quien considera que debo agradecerle siempre haberme transmitido, aunque imperceptiblemente, el mensaje cristiano. Enfatizo lo de imperceptible, ya que siendo fiel a nuestro pacto, nunca hablábamos directamente de asuntos religiosos y mucho menos de “conversiones”, simplemente su presencia física en múltiples ocasiones y su presencia ausente en otras, mantuvieron el hilo invisible que ataba mis reflexiones y cuestionamientos sobre Dios, el contenido bíblico y la doctrina cristiana que aprendí en mis años infantiles.

Ahora, después de 30 años, nuestras conversaciones iniciales se modificaron; de aquellos casi soliloquios ante su atenta e infantil presencia, hoy sostenemos un maduro intercambio. Él puede explicarme con fluidez el contenido de algún interesante artículo científico leído recientemente, y yo provoqué su intelecto con mi lectura crítica de un salmo o de una noticia sobre religión. La amistad se fortaleció día a día y se reprodujo en otras personas, pues adquirí nuevas y muy valiosas amistades gracias a él, lo mismo que él se adueñó de algunas de mis escasas y, por ello, preciadas amistades. Entre ambos nunca han existido llamadas sin respuesta, ni hemos escatimado en consejos oportunos, ni en apoyo material y espiritual, ni en solución conjunta de problemas personales y familiares, ni en compartir actividades festivas con nuestras respectivas familias, todo rodeado de muchísimo respeto y fidelidad.

Como todas las genuinas amistades, hemos sido intolerantes en ocasiones, pero hemos esclarecido hasta la saciedad el motivo de la intolerancia, por ello conservamos nuestro vínculo amistoso que le agradeceré siempre, por todo lo bueno que me aportó y me aporta. Concluyo mis vivencias como las inicié, con las sabias palabras del Eclesiástico: “Un amigo fiel es un talismán: quien respete a Dios lo consigue”. Por lo expresado y por otras muchas razones, me enorgullece la compañía de ese amigo fiel que, además, es un sacerdote. Ω